

¿ES EL EVANGELIO FUENTE DE CONFLICTOS?

Por Eloy Bueno de la Fuente
Director del Instituto de Misionología
Facultad de Teología de Burgos

Esta reflexión arranca de una paradoja, que debe ser mirada de frente, para evitar la incertidumbre que en ocasiones puede sorprender al evangelizador. Lo que está en juego es el sentido mismo del Evangelio y la espiritualidad del misionero. Por eso hay que considerarlas desde las circunstancias reales de la historia y de la psicología humana.

Parece evidente, por un lado, que una de las convicciones fundamentales de los cristianos –y de un modo paradigmático de los misioneros- es considerar el Evangelio como algo bueno y positivo, que por ello merece ser vivido personalmente y anunciado a todos los seres humanos, Por eso hay una resistencia oculta a vincularlo con la idea de conflicto. La teología con la que se formula y se expresa esa dimensión positiva del Evangelio puede ser muy diversa. Es posible que en ocasiones ese revestimiento doctrinal o retórico no resulte convincente a quienes poseen otra sensibilidad o espiritualidad. La divergencia, en cualquier caso, se centra en el modo de expresarlo, no en el contenido mismo del Evangelio. Este es por definición noticia alegre, mensaje jubiloso, un amanecer para la humanidad. Por eso se ha conservado a lo largo de los siglos como experiencia salvífica y como motivación para la acción misionera.

No obstante, por otro lado, la experiencia muestra que la proclamación del Evangelio suscita numerosos conflictos o, dicho de modo más preciso, que se desarrolla frecuentemente en situaciones de conflicto. Esta constatación suscita un interrogante que no puede ser eludido: ¿a qué o a quiénes se debe esa situación? La respuesta inmediata tiende a colocar la responsabilidad sobre los destinatarios o sobre los mediadores: o bien porque los destinatarios se cierran en su pecado o en su egoísmo o bien porque los mediadores no están a la altura del mensaje que proclaman.

La doble posibilidad deja ver sus insuficiencias. Sería arriesgado (y hasta presuntuoso) culpabilizar con demasiada prontitud a quienes escuchan las palabras del evangelizador. También en ellos se encuentran en principio las irradiaciones de la acción de Dios. Y se deben tener en cuenta las limitaciones y los condicionamientos de su propia circunstancia histórica y social. Por eso el

optimismo salvífico se ha impuesto como un presupuesto comúnmente asumido en la Iglesia y el diálogo interreligioso es valorado como un enriquecimiento recíproco. Y, en cualquier caso ¿qué hay en el Evangelio que no consigue superar esas limitaciones o dar más fuerza a la gracia que hay en ellos?

Sería igualmente apresurado culpabilizar a los anunciadores del Evangelio. Es lógico asumir por principio que ningún cristiano se encuentra a la altura del Evangelio que proclama. Pero sería irreal pensar que una mayor santidad produciría automáticamente un mayor número de conversiones. Una cosa es reconocer la importancia del testimonio y otra atribuirle efectos inmediatos y verificables.

La refutación más directa de esta posible interpretación (depositar la culpa sobre los portadores) la ofrece el ejemplo mismo de Jesús. El es el testigo fiel: no sólo encarna de modo creíble el Evangelio, sino que es el Evangelio en sentido estricto. Y sin embargo fue el primero en suscitar un conflicto que le condujo a la muerte. Como decía Nietzsche, entre el cinismo y la lucidez, no ha habido más que un cristiano auténtico y murió en la cruz. Por eso el destino de Jesús sirve para invertir el razonamiento señalado (y para desvelar la radicalidad del problema): Jesús murió como murió porque vivió como había vivido; precisamente por haber encarnado de modo consecuente el Evangelio es por lo que suscitó una incompreensión y una oposición que le condujo a la muerte.

Estas breves reflexiones nos conducen al centro del interrogante que no puede ser eludido ni por la Iglesia ni por el misionero: ¿hay algo en el Evangelio que provoca la oposición y el rechazo?, ¿no habría que decir que el Evangelio (y por ello el anuncio del Evangelio) es fuente de conflicto? El Evangelio (es lo que debemos considerar de modo directo) no puede quedar excluido de la problemática: ¿no hay en el Evangelio algo inquietante que altera y subleva la libertad humana? Si la respuesta fuera afirmativa ¿cuál es el misterio que se nos desvela en el Evangelio y que por ello debe ser tenido permanentemente en cuenta por el evangelizador?

Esta posibilidad debe al menos ser pensada, porque de ello se derivan consecuencias importantes para la actitud espiritual del misionero y para su actividad pastoral. Los misioneros están acostumbrados a cultivar su espiritualidad y su metodología pastoral a la luz de los conflictos concretos en los que se encuentran. Y los afrontan normalmente con entereza y generosidad. Aquí pretendemos mirar esa experiencia desde otra perspectiva que no siempre se hace explícita. Los interrogantes planteados empujan a considerar esa experiencia desde un nivel previo y más radical: es su vida como misioneros la que debe asumir desde un principio el conflicto, independientemente de las circunstancias, como elemento constitutivo del acto de evangelización. Sólo de este modo se conseguirá que el Evangelio se haga vida desde la raíz de la propia vocación (y de este modo estará el misionero más abierto para modular su actitud, sin dejarse alterar por la circunstancias dado que se trata de algo con lo que contaba de antemano).

1.- En el drama de la relación de Dios con la libertad humana

La incidencia y la resonancia del Evangelio deben ser valoradas dentro de la historia dramática de las relaciones de Dios (ya desde los inicios de la historia) con la familia humana. El sentido del drama debe ser comprendido en su sentido genuino: en el escenario del mundo la historia está marcada por el encuentro y desencuentro de la libertad divina y la libertad humana. Esta dialéctica se presenta con claridad desde las primeras páginas del relato bíblico,

El proyecto de Dios aspiraba a ofrecer un paraíso en el que pudiera ser feliz la familia humana, creada a imagen y semejanza del mismo Dios porque todo es bueno y hermoso, capaz de hacer posible esa felicidad. El proyecto de Dios quedó sin embargo desvirtuado por el ejercicio de la libertad humana, que originó la dolorosa peregrinación fuera del jardín soñado por Dios. Será la fidelidad de Dios el manantial de la esperanza humana que atraviesa y alienta la historia de la revelación.

Es precisamente en ese contexto donde resonará el "primer evangelio" (protoevangelio) de la Biblia: la promesa de la destrucción de la serpiente en virtud de la acción de alguien perteneciente a la raza humana (cf. Gn 3,15). Dicho de modo sintético, de cara a nuestro tema: *hay evangelio porque hay una situación de desgracia*. No habría, por tanto, evangelio en el sentido genuino del término, en el caso de que no hubiera "viudas, huérfanos, extranjeros" y de que los protagonistas humanos de la historia no experimentaran llanto, dolor y lágrimas. No obstante, precisamente por lo dicho, se plantea desde un principio: en una situación de desgracia ¿será la libertad humana capaz de acoger el Evangelio con más generosidad y apertura de lo que hizo respecto a la bondad originaria de la creación?

Esta pregunta que se suscita desde la obertura de la historia se mantiene aún abierta en el período en el que Jesús comenzó a proclamar el Evangelio del Reino de Dios. El anuncio del Reino resuena como un Evangelio (y como un jubileo) precisamente porque había decepcionado (o al menos mostrado su debilidad) la expectativa abierta por el proto-evangelio.

La actividad de Jesús, en sus palabras y en sus acciones, estuvo centrada en el Reino de Dios. El Reino de Dios resonaba como un evangelio y como un jubileo porque era escuchado por hombres y mujeres que vivían y padecían los efectos negativos del drama de la historia. Con su anuncio Jesús recogía la sensibilidad de sus contemporáneos, en la que se prolongaba el clamor y el quejido de muchas generaciones. El jubileo y el Reinado de Dios habían pretendido reavivar la esperanza (el mesianismo) apoyándose en la fidelidad de Dios, del Dios Creador y Redentor.

El *jubileo* era una institución judía (Lv 25) que pretendía recuperar la bondad originaria de lo que existe y el proyecto originario de Dios poniendo un freno al egoísmo que corroe las relaciones entre los hombres: las tierras son de Dios, por lo que deberán ser devueltas a quienes las han perdido por deudas; los empobrecidos (que a veces quedaban reducidos a esclavos) deben recuperar la

dignidad de hombres libres; hasta los campos cultivados deberán descansar para no ser explotados desmesuradamente... Jesús, apelando a Is 61, anuncia que ha llegado el momento en el que los ciegos recuperarán la vista, los prisioneros obtendrán la libertad y los pobres recibirán buenas noticias que les harán felices.

Reino de Dios resuena también como un símbolo esperanzador frente a los poderes que dominan este mundo. Es significativo que la proclamación de Dios como Rey o la exaltación del Reinado de Dios se desarrollan y se consolidan especialmente en situaciones de honda tristeza en el pueblo o en sectores particularmente sensibles. Recordemos dos períodos decisivos. Precisamente en la desolación del destierro en Babilonia es cuando se afirma el monoteísmo que exalta a Yahvé como Dios único, soberano sobre el mundo y sobre la historia; sobre todo con la mirada puesta en la libertad y en el retorno a la patria se exalta jubilosamente la convicción de que Yahvé reina (cf. por ejemplo Sal 99 y Is 52,7; este último texto presenta como evangelio el anuncio del fin del exilio).

Lo mismo sucede en la literatura apocalíptica. Esta surge de una experiencia de protesta extrema contra el dolor y la injusticia que domina la historia. Frente a ello reacciona proclamando la inminente irrupción del Reinado de Dios: una intervención última para destruir a los malvados y a las potencias maléficas, dejando así paso a la soberanía de Dios. Es sumamente expresivo Dn 7: se describen cuatro bestias, que representan a cuatro reinos, que producen espanto y terror entre los súbditos y los pueblos. La sucesión de los imperios que se destruyen unos a otros va aumentando la violencia y la opresión. Sobre este trasfondo Dios interviene entregando su señorío, su gloria, su imperio, a alguien "como un hijo de hombre" y a "los santos del Altísimo" que quitarán el poder a todos los reinos terrestres e instaurarán un reino eterno. Será por fin la instauración de la justicia y de la paz. Jesús significativamente se designará como el Hijo del hombre que hace presente ese futuro ansiado. El encarna el Reino en cuanto ofrece consuelo y felicidad a los oprimidos por las "bestias" de este mundo.

Jesús empieza su actividad en un momento en que esa experiencia de desgracia y de anhelos casi siempre frustrados se manifestaba de un modo especialmente intenso. Su salida de la vida privada para hacerse presente en el escenario público refleja a la vez el sentido de su conciencia de misión: el Reino pretende ser una respuesta desde la concreción de una circunstancia histórica pero a la luz de la intención genuina del Dios creador. Sólo se capta la fuerza de su oferta salvífica si se tiene en cuenta la concreción de la desgracia: en buena medida se trata de constantes en la historia, pero moldeadas y moduladas por el contexto de un pueblo en una encrucijada histórica. El Evangelio no acontece en lo abstracto, sino en las condiciones reales de la humanidad y de la historia.

Es por ello imprescindible perfilar las sensaciones que dominaban el ambiente colectivo y los corazones particulares: la experiencia de ser una nación conquistada y dominada por un poder extranjero no sólo los humillaba como judíos sino que ponía en cuestión toda una historia de esperanza y de ilusiones; la presencia de Dios parecía cada vez más lejana y distante porque no resonaba la palabra de la

profecía ni se percibían ecos de la sabiduría divina; además se multiplicaban los mediadores que parecían haberse apropiado de la religión y que sobrecargaban al pueblo sencillo con normas y condiciones de pureza ritual que parecían insostenibles; se llegaba a sospechar del poder de Dios y de su fidelidad...

En el ámbito de la vida cotidiana y de las relaciones humanas la enumeración de problemas se hacía igualmente inacabable: aumentaba la pobreza e incluso la esclavitud ante la multiplicación de impuestos y de deudas; los enfermos se sentían marginados y abandonados; las mujeres seguían víctimas de la superioridad de los varones; la inquietud social suscitaba movimientos de rebelión que atraían a jóvenes que abandonaba el hogar familiar; crecía el odio contra los colaboracionistas que explotaban al pueblo en favor de las fuerzas extranjeras; la violencia se incubaba en muchos corazones, generando estallidos que eran aplastados por la fuerza; muchos eran considerados públicamente "pecadores" porque no cumplían los ritos de purificación (a veces simplemente porque no podían)...

El Reino de Dios salía al encuentro de la bondad más originaria que se encuentra en los seres humanos para abrirles el camino de la esperanza y de la alegría desde las posibilidades de Dios. Jesús proclama que hay motivos para cantar y para danzar, para comer y para beber, porque se inicia el período de una gran celebración: Dios sale al encuentro de esa desgracia porque es el Padre dispuesto a perdonar porque sigue preocupado por sus hijos. Es la gran novedad: la historia puede iniciarse de nuevo en virtud de una relación nueva establecida y garantizada por el Hijo. Esta oferta no queda reducida a la interioridad de las personas sino que se manifiesta en todas las dimensiones de la desgracia: devolviendo la sonrisa donde dominaba el llanto, dando de comer a quien está hambriento, devolviendo la salud a quien está enfermo, proponiendo la reconciliación a quien se siente pecador...

Esta es pues la buena noticia, el mensaje que convoca a la celebración gozosa. Cuando se constata la radicalidad de lo que es un Evangelio es cuando se replantea con mayor fuerza el interrogante del que arrancábamos: ¿por qué surge el conflicto?, ¿puede el mundo viejo acoger cordialmente la irrupción de un *mundo otro*?, ¿cuáles son las razones o motivos que bloquean la aceptación y por ello generan oposición y enfrentamiento? Es justamente la claridad y transparencia del Evangelio lo que nos permitirá penetrar en la hondura del drama de la historia. Hay fundamentalmente dos perspectivas que deben ser tenidas en cuenta, porque están enraizadas en el dinamismo del Evangelio:

- a.- el Evangelio, como hemos dicho, no se refiere a la subjetividad del destinatario, sino que tiene vocación de transformar el mundo, de hacerse civilización, de configurar una sociedad...lo cual implica una alternativa y un desafío a la civilización y a la sociedad existente;
- b.- el Reino tiene la pretensión de abrirse camino entre la realidad compleja de las relaciones humanas, y para ello debe ir avanzando a través de la libertad humana;

la libertad por ello queda confrontada con el abismo de sus posibilidades: o dejarse seducir por la novedad que irrumpe o clausurarse en sus esquemas y rutinas.

Esta doble dinámica llevará el drama hasta el paroxismo, precisamente porque despierta conflictos que parecen inevitables. Con ello queda planteado el núcleo de nuestra problemática: ¿quién es realmente el ser humano?, ¿quién es el Dios que sale al encuentro del ser humano real? Estas preguntas van dirigidas directamente al evangelizador o misionero, pues deben impregnar su vocación y su misión: se dirige al servicio de las personas realmente existentes y debe ser testimonio del Dios que asume de antemano ese conflicto que aletea en la confrontación entre el mundo viejo y el mundo nuevo.

2.- La alternativa a dos tipos de civilización

El Evangelio encarnado en Jesús salió al escenario público en un rincón del mundo, pero desde su aparente irrelevancia estaba cuestionando los dos sistemas de civilización en que vivía él mismo: el Imperio Romano de un lado y la religión judía de otro. A la luz de lo que hemos indicado resultaría irreal considerar aisladamente cualquiera de ellos. El ambiente judío en el que vive Jesús resultaría incomprendible –como hemos ido insinuando– sin la presencia de un poder extranjero y gentil que cuestiona muchas expectativas del pueblo y genera sufrimientos de muy diverso tipo.

El Evangelio del Imperio Romano

La mención del Imperio Romano es necesaria porque permite ver su actualidad permanente. La experiencia contemporánea del Imperio mundial de la época, el Imperio de Roma, era vivido y cantado por muchos contemporáneos como un Evangelio, como una buena noticia, como una época dorada, como un horizonte de felicidad para todos. La aparición pública de Jesús tiene lugar cuando aún resuenan los ecos de lo que había significado la edad dorada de Augusto: tras un período terrible de inestabilidad y de guerras civiles se había instalado en la cima del poder un emperador que aportaba paz y prosperidad (tras su victoria el 31 a.C. sobre Marco Antonio en Aecio). El nuevo emperador es ensalzado por muchos de sus contemporáneos no sólo como el fin de una época triste sino como la apertura de un mundo nuevo, cargado de esperanzas, de paz, de prosperidad y de convivencia.

Horacio en su segunda Oda se dirige en estos términos a Augusto: "Tú, hijo alado de la benigna Maya, si bien cambiando tu forma, asumes en la tierra el aspecto de hombre, totalmente dispuesto a ser llamado el vengador de Julio César; tarde regreses a los cielos y largo tiempo te complazcas en habitar en medio del pueblo romano de Quirino; y que ningún vendaval inoportuno te aleje por el aire de nosotros encolerizado por nuestros pecados. Que aquí, por el contrario, ames los triunfos gloriosos, el nombre de 'Padre' y de 'Jefe'". Augusto es presentado como encarnación de la divinidad y a la vez como "expiador" de los pecados de Roma, convertido por tanto en garante de paz y de prosperidad. De modo cada vez más explícito se proyecta un proceso de divinización del emperador que se va a ir

instaurando progresivamente. En su segunda epístola, dirigida al mismo Augusto, alude Horacio a la erección de altares junto a los cuales se puede jurar en su nombre y confesar que nada comparable al emperador surgirá en lo sucesivo.

Esa ideología será el punto de confrontación con el cristianismo naciente que se va expandiendo a lo largo del Imperio. Un siglo más tarde se irá percibiendo que el esplendor de Roma se levanta sobre la corrupción y la violencia, la cual no conseguirá frenar las quiebras y la disolución. En tiempo de Jesús sin embargo se vive como la aurora de algo positivo, que se proclama como un Evangelio en los lugares más diversos del Imperio. El Evangelio de Jesús surge por tanto inevitablemente como concurrencia frente a las "buenas noticias" que provienen del poder mundano. Como ejemplo prototípico podemos mencionar una inscripción de Priene, en la actual Turquía, que se puede datar aproximadamente en el tiempo de la actividad de Jesús:

"Puesto que la providencia que ha ordenado divinamente nuestra existencia ha aplicado su energía y celo y ha dado vida al bien más perfecto en Augusto, a quien colmó de virtudes para beneficio del género humano, otorgándonoslo a nosotros y a nuestros descendientes como salvador -él, que puso fin a la guerra y ordenará la paz-. César, que mediante su epifanía excedió las esperanzas de quienes profetizaban buenas nuevas (*euaggelia*) no sólo superando a los benefactores del pasado, sino no permitiendo además esperanza alguna de beneficios mayores en el futuro; y puesto que el cumpleaños del dios trajo primero al mundo las buenas nuevas (*euaggelia*) que residen en él... Por esta razón, con buena fortuna y seguridad, los griegos de Asia han decidido que el año nuevo debe empezar en todas las ciudades el 23 de septiembre, el día del cumpleaños de Augusto".

Como se indica en la misma inscripción Augusto ha nacido "como una bendición común para todos", en él se puede experimentar "el comienzo de la vida y del vivir". La acción y la presencia de Augusto son valoradas como una "buena noticia", porque daba origen a beneficios claramente perceptibles: el desarrollo de la vida urbana y del comercio, la edificación de templos y de acueductos, la multiplicación de las termas, la firma de tratados de paz, la inserción en un Imperio mundial del que se recibe fuerza y futuro...

La victoria tras la guerra deja sentir sus efectos beneficiosos. Ello encerraba sin embargo unos presupuestos que no pueden ser ocultados, aunque muchos no quisieron verlo. La paz era una prolongación de la superioridad militar. La integración de la diversidad de pueblos exigía el reconocimiento de la religión del Estado, en torno al emperador, lo que daba origen a una religión civil y a una teología política que de hecho imponía límites estrictos a la tolerancia. El sistema de patronazgo imponía una estructura social con diferencias y segregaciones notables. El poder en el fondo se revestía de imperialismo.

Jesús anuncia y hace presente un Evangelio que vive de otro dinamismo y que se mueve conforme a otras coordenadas: no ha de apoyarse ni en la victoria de las armas ni en el poder militar; ha de ir más allá de la tolerancia civil y de toda

teología política Ha de ofrecerse en actitud radical de servicio y con respeto absoluto a la dignidad de cada ser humano en cuanto hijo de Dios. Dios no es el que legitima un sistema de poder, y por ello hay que distinguir lo que corresponde a los príncipes de este mundo y lo que es propio y exclusivo de un Dios que no puede reflejar su rostro y su nombre más que como Padre. Todo el sistema imperial y la divinización del emperador quedan cuestionados radicalmente por la valoración de la cruz como el trono en el que Dios expresa el esplendor y la omnipotencia de su amor. ¿Podrán coexistir sin más ambas perspectivas, evitando las confrontaciones?, ¿o por el contrario quedará denunciado el poder mundano desde la fragilidad del amor omnipotente? Parece obvio que ambos tipos de sociedad no se pueden contemplar de modo indiferente. Ello interpela la libertad de cada ser humano, pues se juega la figura del mundo como civilización: ¿cuál será su decisión?

El Evangelio de la Ley judía

También el judaísmo se había convertido en el sistema socio-religioso a partir de la revelación bíblica, configurándose de modo más estructurado a raíz del retorno de Babilonia tras la dura experiencia del exilio y del destierro. Se suele denominar "judaísmo del segundo templo" precisamente porque el templo de Jerusalén, reconstruido con esfuerzo y con ilusión, simbolizaba una sociedad que encontraba su punto de referencia y de identidad en el culto. Era ese ámbito el que aportaba identidad religiosa y nacional. La Ley y la alianza encontraban su verdadera concreción visible en Jerusalén y en el templo. La conflictiva relación entre el sumo sacerdocio y el poder civil expresa con claridad que ahí se encuentra el centro y el eje de la vida judía, incluso más allá de las fronteras geográficas de la actual Palestina. La Ley era la clave de bóveda de la identidad nacional y de la cohesión social. Por eso era valorada por los judíos piadosos como la buena noticia y el mensaje dichoso que Yahvé les había otorgado para su bienestar y felicidad.

Resulta arriesgado establecer juicios genéricos y absolutos sobre aquel judaísmo en el que nació, se educó y actuó Jesús. Tanto la Ley como el culto eran considerados con un don de Dios, por lo que sería injusto denunciarlo como legalismo. Existían además tendencias y espiritualidades muy diversas, y a veces enfrentadas, por lo que resultaría pretencioso hablar sin más del judaísmo como magnitud unitaria. No obstante hay rasgos y orientaciones que nos permiten considerarlo como sistema, pues en caso contrario no se podría dar razón de la clara conciencia de pertenencia a una tradición y a un pueblo.

La vinculación a la tierra y la referencia a un pasado común potenciaban la tendencia al etnocentrismo y a la segregación del resto de los pueblos. La salvaguarda de la autoconciencia particular favorecía la exaltación de las costumbres y de los ritos. Las exigencias de la pureza externa podían quedar exaltadas hasta el punto de anteponerlas a las necesidades del prójimo. Las diferenciaciones de carácter religioso quedaban impregnadas de intereses o conveniencias políticas. Incluso podría dar la impresión de que unos y otros necesitaban las tensiones socio-políticas para justificar su razón de ser. La "casa

común” debía ser defendida contra cualquier intento de deslegitimación de sus presupuestos. En tales circunstancias las opciones religiosas se reencontraban en una ideología compartida.

Frente a ese entramado Jesús introduce interpelaciones y cuestionamientos de hondo calado. Coloca en el centro al otro, sobre todo en su debilidad y marginación, ante el cual debe ceder la superioridad del sistema. Por eso une con tal intensidad el amor a Dios y el amor al prójimo. Llega incluso a extremos insoportables en el ámbito judío: el amor al enemigo parecía chocar no sólo contra las tendencias espontáneas de la naturaleza sino contra los razonamientos de los estudiosos de las tradiciones. La práctica del sábado, las celebraciones culturales en el templo, la preeminencia de los sacerdotes, la evidencia de las costumbres y hasta la identidad nacional quedaban relegadas ante lo decisivo y fundamental, tal como provenía del proyecto originario del Dios creador.

Jesús no puede ser entendido más que como judío, alimentado por ello de la tradición veterotestamentaria. Pero precisamente por ello no se puede ocultar la dinámica que él encarna y que empuja al judaísmo a desbordarse a sí mismo. A Jesús parece no interesarle el destino de Israel en cuanto tal, pues apenas habla de los relatos fundadores. Su objetivo se encuentra en el Israel del futuro tal como puede emerger de la anticipación e irrupción del Reino. Por eso él se sitúa en el centro, con unas pretensiones que no podían no resultar escandalosas para los oídos judíos. Ni la Ley ni el templo garantizaban el encuentro reconciliador con Dios. Es Jesús, y su modo de actuar, el verdadero lugar en el que Dios se hace presente (el verdadero templo). Jesús, unido al otro que sufre y añora, se presenta por tanto como una alternativa y una provocación. La provocación fue percibida, pero no tolerada ni asumida, por lo que la relación de Jesús con sus contemporáneos (no sólo las autoridades, sino también el pueblo y sus discípulos más íntimos) acabó destruida: él quedó en una soledad en la que no encontró defensores. La muerte, abandonado en la cruz, es el signo más patente de este conflicto que acabó siendo inevitable.

3.- Una libertad interpelada

El Reino de Dios es Evangelio porque se ofrece a las personas a quienes se dirige, respetando enteramente su libertad. Sin libertad no habría persona. El Evangelio de Jesús no recurre ni al poder ni a la Ley. Ahora bien, tratándose de personas creadas, su libertad no puede no ser finita, y por ello insertada en un mundo de influjos, condicionamientos y presiones que no puede ser eliminado. El Evangelio por ello sólo se realiza como tal en la medida en que se ofrece a la libertad para suscitar una admiración que seduce y se transforma en conversión y en compromiso.

El respeto de la libertad del destinatario es una expresión clara (y necesaria) del amor hacia el otro. No puede haber amor auténtico y genuino más que desde la actitud de renunciar a todo tipo de poder o de manipulación en las relaciones mutuas. Por eso el amor puede ser rechazado. Esa posibilidad es la que acrisolará

la calidad del Evangelio y del evangelizador. Por eso desde un principio el Evangelio debe contar con la hipótesis del conflicto en el caso de que el Evangelio sea visto como provocación incómoda y, en definitiva, como algo insoportable.

El Evangelio que resuena en Jesús tiene que introducirse en la compleja dialéctica de la libertad finita de los seres humanos. Vamos a señalar algunos aspectos en los que esa dialéctica se despierta como foco de conflicto precisamente en virtud de la naturaleza misma del Evangelio: debe respetar amorosamente la libertad del destinatario pero debe asimismo desvelar todo el horizonte y las posibilidades de la libertad, evitando su adormecimiento o su canalización. Esa confrontación nos permitirá comprender que en el camino del Evangelio el conflicto es (prácticamente) inevitable. ¿Pide demasiado o la libertad humana es demasiado frágil? Es el misterio último del drama humano que nunca podrá ser resuelto de una vez por todas y que por ello debe ser asumido en cada momento por el testimonio cristiano.

a.- La libertad más allá de los deseos

El Evangelio ofrece su alternativa al mundo real, escenario frecuente de la desgracia humana. Ahora bien, el Evangelio debe conservar su peculiaridad, es decir, debe mostrar que habita un *mundo otro*, que no puede caer en las redes del mundo cotidiano. Esta libertad propia del Evangelio (en la que se juega su propia identidad) puede acabar siendo insoportable por la libertad de los destinatarios.

Un ejemplo de la vida de Jesús muestra con claridad esta dialéctica que puede acabar siendo perversa. Cuando Jesús ha multiplicado los panes, la gente beneficiaria de su gesto salvífico desea hacerlo rey. Jesús decepciona esa expectativa retirándose a la montaña en soledad. Podemos preguntarnos cuál pudo ser la reacción de la gente ante aquel gesto de Jesús, que difícilmente sería percibido como acto de libertad sino como objeto de incomprensión o de rabia.

Conforme al funcionamiento de la psicología humana, es de suponer que muchos quisieron hacer rey a Jesús, porque de este modo lo tenían a disposición para satisfacer los deseos inmediatos que se fuera suscitando. La acción de Jesús de multiplicar los panes fue un signo de la irrupción del Reino de Dios que elimina el hambre e invita a compartir. Sin embargo en tales circunstancias se desata la dinámica vertiginosa de los deseos: el Jesús que multiplica los panes podría curar todas las enfermedades, otorgar todos los caprichos... La dinámica de los deseos es inacabable cuando no se sitúa en el centro de la persona y cuando no sabe distinguir lo necesario de lo instintivo.

Dejarse envolver por la lógica del Evangelio implica vencer la lógica habitual de nuestro mundo. Este cambio lo inaugura Jesús ya desde el momento inicial de su ministerio, cuando venció la tentación de Satanás que le ofrecía la posibilidad de utilizar su poder para convertir las piedras en pan o cuando el mostró el camino del poder sobre ciudades diversas. El mesianismo de Jesús era de otro tipo. Sus contemporáneos entendían el mesianismo frecuentemente desde las sugerencias de sus deseos. Con ello en el fondo pretendían manipular a Dios. La manipulación

desde el deseo de los apetitos es la destrucción de la libertad y, en el fondo, de la persona. Con ello se cierra el espacio para el Evangelio. Y éste acaba siendo visto como un elemento molesto e incómodo cuando se opta por la comodidad o la resignación.

b.- La urgencia de la responsabilidad

El Evangelio del Reino irrumpe no sólo como necesario, sino como lo único necesario, como lo último respecto a lo cual todo es penúltimo. Precisamente por la importancia de lo que está en juego: la aparición del *mundo otro* que supere la desgracia del presente y devuelva la felicidad anhelada. Este aspecto del Evangelio no puede ser ni ocultado ni disimulado porque en tal caso se anularía como Evangelio, pasaría a formar parte de la multitud de opciones que se ofrecen a la libertad.

Por eso Jesús habla del Reino con la gravedad de quien se encuentra situado en el fin del mundo, y que por ello hace depender de la opción de la libertad interpelada el destino del mundo. El mundo nuevo sólo puede emerger en la historia presente en caso de que la libertad lo haga posible. Por eso Jesús utiliza un lenguaje que suena de modo radical: está en juego la distinción entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, entre la salvación y la condenación...

Estas afirmaciones pueden sonar de modo solemne y excesivo ante una libertad estrecha o miope. Pero resuenan en toda su concreción y alcance cuando se contemplan las realidades cotidianas en las que irrumpe el Reino con la fuerza de su posibilidad: un niño puede morir de hambre si no se le rescata de su situación, un enfermo puede morir solo si no hay alguien que le acompañe renunciando a otras ocupaciones, la injusticia se impone con toda su crueldad si no hay alguien que en este momento la denuncia y la combate, la pobreza aplasta a muchos países si no se interviene para establecer otras relaciones económicas, la soledad destruye el corazón de una persona si no se supera el desprecio o el odio que se abate sobre ella... Las situaciones se pueden multiplicar. En la anchura de la propia existencia hay abundantes ocasiones que demuestran que es la libertad de cada uno la que puede hacer que el mundo nuevo amanezca provocando el fin del mundo viejo.

Desde lo concreto se despliega todo el peso de la responsabilidad: el destino del mundo depende de la libertad concreta (si deja que el niño muera de hambre o que el enfermo agonice en soledad). Es comprensible que haya personas que consideren excesivo ese peso y que intenten desprenderse de tal carga mediante la frivolidad del bien o la banalización del mal. En cualquiera de los casos surge un conflicto entre la libertad interpelada y el Evangelio que se le ofrece: sin imposiciones ciertamente, pero con toda la desmesura de la responsabilidad.

c.- El exceso del don como seducción y denuncia

Una dialéctica semejante se despliega cuando el Evangelio se hace presente como desmesura y derroche: la incondicionalidad de una oferta gratuita denuncia por su

misma presencia el egoísmo o la clausura en los intereses o mezquindades humanas. Es comprensible la reacción de auto-defensa mediante el recurso a estrategias o justificaciones. Se puede apelar a otros valores o a otros principios, pero en el fondo se pretende frenar o bloquear el carácter genuino del Evangelio.

Tanto las acciones de Jesús como sus palabras (especialmente las parábolas) nos permiten comprender la dialéctica indicada. Jesús muestra una actitud cordial de acogida a una mujer pecadora que se le acerca. Este gesto evangélico de perdón sin condiciones suscita la reacción negativa del fariseo anfitrión. Este, apelando a los criterios morales habituales, condena la comprensión de Jesús. Pero con ello –a los ojos de quienes viven del Evangelio– hace patente la pequeñez de un corazón que excluye y desprecia desde criterios humanos. El evangelio en ejercicio genera por tanto un conflicto inevitable entre el Evangelio y el “escándalo farisaico”.

Las parábolas presentan con abundancia esta problemática, porque tratan de hacer acontecimiento el exceso del don del Padre. Un criado, al que se le perdona una enorme cantidad de dinero, es incapaz de perdonar al compañero que le debe una insignificancia. La generosidad experimentada es una condena implícita de la dureza de corazón. De modo paradigmático la misma actitud se condensa en el hijo mayor de la parábola, que se opone desde la justicia de la moral racional a la desmesura de la gracia del Evangelio. En el hijo mayor se ven reflejados muchos oyentes de la parábola, que se indignan ante el hecho de que Dios actúe de modo tan extravagante. El conflicto entre dos mundos es protagonizado de hecho por la contraposición entre dos tipos humanos: el que se deja impregnar por la alegría del Evangelio y quienes se clausuran en las limitaciones del mundo viejo.

d.- La reconciliación desde los pobres

En una sociedad dividida por el egoísmo y la violencia generada por el corazón humano Jesús no puede mantenerse al margen, como observador neutral e indiferente. El, como el mismo Padre que le ha enviado, escucha y responde a los gritos y clamores que proceden de los rostros que encuentra en su camino y que siguen preguntando: ¿hasta cuándo? El final y la meta al que apuntan tales interrogantes se hace presente y se anticipa en la proximidad de Jesús respecto a los débiles. Esa cercanía y solidaridad llega hasta el extremo de identificarse con ellos mismos. También en este punto está reclamando una actitud que será el criterio para el discernimiento definitivo: la actitud que adoptéis ante mí será la que adopte mi Padre ante vosotros. Jesús se ha hecho prójimo hasta el extremo de identificarse con el pobre, con el desnudo, con el enfermo, con el prisionero.

El mismo Jesús identifica estas actitudes con el Evangelio, con la presencia del Reino: su misión consiste en anunciar ese Evangelio a los pobres, a los prisioneros, a los enfermos, a los hambrientos... Ello es motivo de felicidad para los destinatarios porque ya no están solos, porque no pueden ser olvidados, pues Dios no puede ser utilizado para justificar la explotación, la marginación, la exclusión. La felicidad del Reino y la alegría de la presencia de Dios pueden ser experimentados en todo su valor revolucionario especialmente por los pobres y

desfavorecidos, por aquellos que no tienen otro apoyo que reivindique sus derechos y su dignidad.

La universalidad del Evangelio, de la voluntad benevolente y de la filantropía de Dios, no se puede lograr más que si se superan esas divisiones y, más aún, los focos de tales divisiones. Una opción tan clara y tan manifiesta es la que había caracterizado el mesianismo de Jesús desde el momento del bautismo, que tuvo lugar entre aquellos que mostraban su angustia y su desesperanza ante Dios. Ese tipo de mesianismo no puede salir indemne. Encierra un conflicto potencial en cuanto que significa una denuncia y una exigencia: coloca en el centro de la atención el rostro y la mirada del que sufre y padece.

Esta exigencia es formulada por el mismo Jesús en lenguaje profético: las (llamadas) bienaventuranzas tienen como reverso necesario las (llamadas) malaventuranzas. No puede ser de otro modo: si Dios manifiesta su preferencia por los que tienen hambre quedan condenados quienes se regodean en su abundancia y en su bienestar; si se declara felices a los pobres, quedan condenados como responsables y causantes quienes acaparan los bienes materiales de un modo desmedido; si se muestra compasión ante quien llora quedan condenados quienes ríen y gozan en sus fiestas y celebraciones de modo insolidario e inconsciente o cínico...

4.- El evangelizador, portador del Evangelio en toda su complejidad

A la luz de lo visto en la vida misma de Jesús se imponen algunas conclusiones que deben ser tenidas en cuenta por el evangelizador: el discípulo no puede ser más que su maestro. Ello significa que el Evangelio no puede ser entendido de modo genérico o abstracto. El Evangelio no puede ser anunciado en un mundo imaginado sino en el escenario de la vida real. Y por ello debe ser asumido en toda su complejidad, también en cuanto generador de conflicto.

El martirio, en toda su amplia gama de significados, forma parte del Evangelio. La entrega de la propia vida al servicio del evangelio puede por ello incluir el derramamiento de la sangre. Eso fue en definitiva lo que sucedió en el caso mismo de Jesús. Los focos de tensión fueron provocando un conflicto que constituyó a Jesús como el rechazado, el perseguido, el enemigo colectivo. El desarrollo de la muerte de Jesús se explica perfectamente a la luz de estas reacciones que desata su Evangelio. Es una garantía de su carácter histórico. Y permite entender el sentido salvífico que él aporta: vencer desde dentro, con un amor más grande, su capacidad de amar que destruye toda la seducción de la violencia y del egoísmo (haciendo irrumpir el mundo nuevo de una alianza definitiva).

El proceso de Jesús y su condena debe ser comprendido y valorado en toda la amplitud de perspectivas. Sería simplificador optar por uno solo de los grupos sociales o por uno solo de los factores mencionados. Como hemos podido comprobar, son muchos los niveles de implicación y de responsabilidad. Por acción o por omisión, por odio o por indiferencia, por rencor o por cobardía, vemos que el drama de la relación entre el Evangelio como gracia y la libertad finita desvela

perspectivas múltiples y responsabilidades diversificadas. El conflicto no puede ser reducido o unilateralizado. Pero precisamente por ello muestra toda su amplitud y su radicalidad, que se prolonga de un modo u otro a través de los siglos.

Dado que el conflicto va unido a la proclamación real y efectiva del Evangelio, el evangelizador puede descubrir en Jesús algunas actitudes fundamentales para consagrarse de modo lúcido y consecuente al servicio del Reino.

Aunque pueda actuar como fuente de conflicto, el Evangelio nunca puede incluir ni la venganza, ni el odio, ni el reproche ni la amargura. Es propio del Evangelio cargar con la injusticia antes de provocarla. Eso fue lo propio de Jesús: asumió sin odio la violencia que se descargaba sobre él. Y lo mismo se repite abundantemente en los primeros escritos apostólicos, dirigidos a comunidades que debían ser testimonio del Evangelio en un medio hostil.

El Evangelio actúa como denuncia profética. Jesús fue más que profeta. Pero fue profeta. Ahora bien, aún en el seno de la provocación que brota de la denuncia profética, el anuncio es más importante que la denuncia. El Evangelio vive de algo más originario que el mal, de algo que es previo a todo pecado: la bondad de Dios y la bondad de todo aquello que ha creado, especialmente la criatura humana. El Evangelio pretende siempre, y ese es su anuncio primigenio, recuperar y restaurar una bondad que no ha podido ser destruida por ningún tipo de perversión o de pecado. Sin esa confianza en el ser humano no podríamos hablar de buena noticia, especialmente a la luz de la sensibilidad contemporánea.

También forma parte de la enseñanza de Jesús la apelación a la paciencia, reflejo de la paciencia misma de Dios. Entre sus parábolas hay algunas que tratan de afrontar la objeción de sus discípulos: ¿cómo es posible que el Reino tarde tanto en manifestarse?, ¿por qué encuentra rechazo y oposición? Las "parábolas del crecimiento" ofrecen la clave y el criterio: el Evangelio no puede ser visto más que como una pequeña semilla, presente en medio de las posibilidades humanas creadas por el mismo Dios, que paulatinamente se irá extendiendo hasta dar alimento o cobijo a todos aquellos que lo necesitan y lo buscan.

El misterio pascual conduce todo ello a su expresión más nítida y esplendorosa. No basta con fijarse en el Evangelio anunciado por Jesús. Hay que arrancar de Jesús convertido plenamente en Evangelio a raíz de la resurrección: su actitud de servicio (la oblación de su vida hasta el final) es transformada en reconciliación y en redención a favor de todos, como la "alianza más excelente" que el Dios Trinidad establece con la humanidad. La Iglesia entera ha sido encargada del ministerio de esa reconciliación. El evangelizador en general, y el misionero en particular, ha recibido un carisma especial al servicio de ese ministerio: proclamar y significar esa reconciliación a todos los pueblos y en todas las circunstancias. En el conflicto. Pero más allá del conflicto. Desde la nueva vida de la resurrección. Pero pasando a través de la muerte. Esta es su vocación y su grandeza humana y cristiana. El Evangelio es fuente de conflicto. Pero será Evangelio porque despliega un mundo que va más allá de todo conflicto.

62ª Semana de Misionología, Burgos, julio 2009